toda su vida. Algo quiso atenuar Menéndez Pelayo la penosa impresión que sus juicios tenían que producir en Méjico, en la *Postdata* que añadió al primer tomo de la *Antología de poetas hispano-americanos;* pero, como siempre sucede en esos casos, era ya tarde.

XII

HE insinuado que con el contacto académico, hubo una evolución en las ideas poéticas de Roa, y empezó á comprender la necesidad de conocer las lenguas sabias, y estudiar los autores antiguos en su idioma original. A este fin tomó por maestro á nuestro colega, el insigne gramático D. Rafael Angel de la Peña, y se consagró al estudio del latín. Fruto de este trabajo de sus últimos años fueron ciertas traducciones de Virgilio de que vamos á hablar. Pero sin limitarnos á ellas solas, y abrazando *toda la vida poética* de Roa, vamos á presentarlo en este número, como traductor en verso y en prosa. Empezaremos por la traducción de *La Campana* de Schiller, de la cual dice Menéndez Pelayo en una carta á Roa «que tiene respecto de la de Hartzenbusch la desventaja de no ser directa del alemán; pero que en algunos casos, y mirada solamente como pieza poética, no le va en zaga.» Como el mismo crítico, en la

postdata que acabamos de mencionar, se refiere á la traducción que del mismo canto hizo D. José Sebastián Segura, calificándola de *más literal y menos parafrástica que la de Hartzenbusch, pero mucho menos poética,* me propongo comparar las tres versiones entre sí y con el original, aunque sin abrumar al lector con citas inoportunas.

No es *La Campana* un canto épico, ni mucho menos. Es un *lied,* como se dice ahora, aun en castellano. Se trata de la fundición de una campana, desde el momento de formar el molde y vaciar los metales, hasta el lance crítico de sacar la misma campana y tañerla para probar su sonido. El artífice, rodeado de sus obreros, les va dando sus órdenes con acento seguro, pero con no poca ansiedad; y ya los aguijonea, ya los invita á momentáneo descanso, mientras los elementos por él hábilmente preparados obran por sí solos conforme á las leyes físicas. Entre órdenes y órdenes se entretiene con sus oficiales en seria conversación, y se aprovecha de los diversos incidentes del difícil trabajo para filosofar sobre las peripecias de la vida, de la muerte y de la resurrección.

La acción del drama tiene que ser muy rápida, al tratarse de la dirección del trabajo; puede serlo menos en las disertaciones filosóficas del maestro. Para éstas servirán los versos decasílabos del alemán ó endecasílabos del castellano; pero para aquélla se imponen los de arte menor. Así lo hizo Schiller con gran-

de acierto; así lo hicieron los que tradujeron directamente del alemán. Roa, dejándose guiar de una versión francesa, escogió el metro menos á propósito para el objeto. Juzgue el lector:

«De arcilla es el molde y en tierra está listo;
Fundida sin falta quede hoy la campana.
¡Valor, compañeros, y á la obra! Se gana
Con ella, si buena resulta, honra y prez;
Mas, si ha de ser útil el sudor del rostro,
Preciso es el que el cielo su ayuda nos dé.
. . . . . .
«Para que la llama suba en remolino,
Tomad anchas rajas de leña de pino
Y el horno encendido con ellas cebad.
Si el fuego es más vivo, hará hervir el cobre;
Al punto el estaño mezcladle, y se obre
La liga segura de todo metal.»

Estas no son por cierto las órdenes de un maestro que manda atizar el fuego y hacer la liga del metal en el momento oportuno, so pena de perder el lance. Pero donde más se ve el desacierto en la elección de metro y la desventaja de la traducción indirecta, es en la siguiente estancia:

«¡Perfecta la obra, premiado el trabajo,
Los ojos y el alma se alegren al ver!
Ya el molde ha servido, hiéralo el martillo,
Hiéranlo sus golpes rudos de alto á bajo:
De nuestra campana para ver el brillo,
Preciso es que rota la envoltura esté.»

Aquí no hay movimiento. En cambio en los versos de Schiller se ve materialmente á los obreros *remolinear* el martillo obedientes á la voz de su jefe, hasta que vuela á pedazos el inútil molde.

«Schwingt den hammer, schwingt
Bis der mantel springt.»

Ni Segura, con todo y su estudio del alemán y su costumbre de traducir literalmente y línea por línea, pudo expresar bien estos versos.

«Destruid el edificio;
Ya cumplió con *sus intentos,*
Y ojos y alma estén contentos
Al ver la imagen *sin vicio.*
¡Con mazos duros
Romped los muros!
Que la campana *renace*
Cuando el molde *polvo se hace.*»

En cambio, véase cuán feliz fué Roa en los versos que siguen, cuya índole y asunto son más adaptados á su carácter y gustos.

«Con hábil mano, en el momento dado,
Romper sabe el maestro el fuerte molde;
Mas ¡ay si lo quebranta por si mismo
Y en rio ardiente se derrama el bronce!
En su ciego furor tronando estalla,
Siembra la destrucción por donde corre,
Y de volcán cual encendido cráter

Llamas que dan horror vomita entonces.
Allí do reinan las brutales fuerzas
Obra cabal no es dado que se logre;
Ni el bienestar subsiste entre los pueblos
Si el yugo por sí mismos ellos rompen.
«¡Ay si de tiempo atrás arde la chispa
En el seno de vastas poblaciones
Y si la turba, destrozando el freno,
Se entrega á sus instintos destructores!
Ya del cordón de la campana asida,
En ella de rebato ensaya el toque,
Trocando así, de muerte en instrumento
Lo que de paz con miras construyóse.
«*¡Libertad, igualdad!* Estas palabras
Por doquiera resuenan, y los hombres
De carácter más blando, ármanse luego:
Puebla las calles multitud innoble,
Y aterradoras bandas de asesinos
De extremo á extremo la ciudad recorren.
En hienas convertidas las mujeres
De la lid toman parte en los horrores;
Con los dientes el pecho del vencido,
Gozándose en el mal, rasgan feroces.
Nada es sagrado ya; todos los lazos,
Todo recato púdico se rompen.»

Esto sí es poesía. Podrá quizá no reproducir las palabras ni el estilo del original; pero es el pensamiento de Schiller y el pensamiento de Roa.

Tradujo Roa Bárcena otras poesías menores alemanas, como *El guante, El conde de Hapsburgo* y algunas otras. En éstas no se nota *lo indirecto* de la tra-

ducción y tuvo más libertad para elegir el metro. Son asuntos que á todos se prestan, y aun *El guante* se encuentra entre los antiguos romances españoles. Todas estas versiones llevan las fechas de 1859 y 1860.

Demos una ojeada á *Mazeppa*. Es tan diversa la índole de la musa de Lord Byron y de la musa de Roa Bárcena, que apenas se concibe cómo se atrevió éste á cortejar á la de aquél. Y sin embargo, lo hizo maravillosamente, aunque escogió por original un poema cuyo movimiento y rapidez de acción parecían muy poco á propósito para su pluma, ordinariamente reposada y lenta. Parece que empezó á tientas. Así se deduce, al menos, del soneto que con vacilantes pasos abre la marcha. Poco á poco fué cobrando alientos, y cuando vió que, adoptando su metro favorito, no podía seguir á Byron en su rápida carrera, se determinó á irlo cambiando, á estilo de Espronceda ó Zorrilla, y suplir con este artificio su natural gravedad y lentitud. Bastará citar un canto, para convencernos del acierto con que hizo la difícil versión.

«XI.— ¡Adelante! Caballo y jinete
En las rápidas alas del viento,
Ciudad, pueblo y aldea y convento
Y cabaña dejamos atrás;
Semejando veloz meteoro
Que el espacio atraviesa encendido,
Cuando el velo nocturno tendido
Tiñe en grana la luz boreal.

Negro bosque á lo lejos limita
La desierta y estéril llanura;
De algún cerro en la ríspida altura
Rota almena al pasar divisé.
Resto acaso de antiguo reducto
Contra el tártaro un tiempo allí alzado,
A mis ojos —del bruto llevado—
Rastro humano ese el último fué.
«Meses antes la turca falanje
Cruzó el llano y mató su verdura
Tibia sangre ó la fuerte herradura
Del bridón de terrible *spahís*,
Al paisaje su bóveda presta
Entoldado de nubes el cielo;
Tarda brisa con lánguido vuelo
De sus quejas el són deja oír.
«Quise unir á las suyas las mías,
Mas, en ruda carrera incesante,
¡Adelante, adelante, adelante!
No logré suspirar ni rezar.
De mi frente el sudor está en lluvia
Del caballo las crines bañando;
Él, de espanto y furor resoplando,
Sigue y va sin parar, sin parar.»

Aquí se percibe, desde luego, que el traductor conoce el idioma del original y que se ha impregnado en su espíritu. Otras traducciones del inglés hizo Roa; pero son más bien fragmentos, y ni en dimensiones ni en mérito igualan á *Mazeppa*.

Al hablar de las traducciones del latín, no hay que olvidar que el discípulo de D. Rafael Angel de la Pe-

ña contaba ya cerca de sesenta inviernos cuando empezó á estudiar el *Musa Musæ*. No podía exigir de su memoria la frescura del niño; pero en cambio, al engolfarse en las bellezas de Virgilio, las comprendía á primera vista y las expresaba á maravilla en su idioma materno. De aquí es que los ejercicios que en un alumno de quince años no habrían pasado de ensayos sin gracia, en el vate quincuagenario resultaron un ramillete de flores poéticas de gran valor, que intituló *Pasajes y reminiscencias de Virgilio*. Escojo, para muestra, el episodio de Laoconte.

El artista que por primera vez se detiene en el Museo Vaticano, á contemplar el grupo maravilloso que representa á este sacerdote de Neptuno, sofocado, juntamente con sus hijos, por los dragones marinos, sea joven ó viejo, consumado escultor ó principiante, siente el irresistible impulso de reproducirlo, en mármol, en yeso, cuando menos con el lápiz ó el pincel. Otro tanto acaece al estudiante que por vez primera lee el episodio divinamente narrado por Virgilio. Necesariamente lo traduce á su idioma materno, en prosa ó en verso, según su disposición y talento. No podía ser Roa una excepción, y he aquí los versos que brotaron de su experta pluma.

«Por la suerte Laoconte al sacerdocio
De Neptuno llamado, con solemne
Rito en su altar, un lucio toro inmola,
Cuando he aquí. . . . . ¡me horrorizo al recordarlo!

Que de Ténedos, isla no distante,
Dos serpientes enormes enroscadas
Al piélago se arrojan, por enmedio
De las serenas ondas, de consuno
Viniendo á nuestra playa, el pecho erguido
Y dominantes las sanguíneas crestas,
Y enarcando y tendiendo entre las olas,
Mientras avanzan, lo demás del cuerpo.
Ruge el mar con estruendo y forma espuma.
Á la ribera llegan, inyectados
En sangre y fuego los vivaces ojos
Y lamiendo las fauces silbadoras
Vibrantes lenguas. A su aspecto huímos
Pálidos de terror. Ellas con firme
Movimiento resuelto, hacia Laoconte
Van y, ante todo, abrazan una y otra
Á sus dos tiernos hijos, los estrechan,
Y sus míseros miembros atarazan.
Luego á él mismo que, armado, iba en su auxilio,
Embisten y aprisionan; y aunque en dobles
Círculos ya los escamosos cuerpos
Oprimieron dos veces la cintura
Y el cuello de la víctima, sobre ella
Cabezas y cervices aparecen
Irguiéndose. Con ambas manos lidia
Por desatar Laoconte aquellos nudos:
Sangre corrupta ya, negra ponzoña
Sus ínfulas destilan. Á los astros
Alza horrendos clamores, semejantes
Al mugido del toro, que ante el ara
Huye, del cuello herido sacudiendo
Mal clavada segur. Las dos serpientes

Se deslizan y evaden hacia el alto
Templo de Palas rígida, y se esconden
Bajo sus pies y su redondo escudo.»

Quien compare este cuadro con el original, echará quizá de menos el colorido virgiliano ó la elegancia del siglo de Augusto; pero no podrá negar que fué copiado, no de alguna infiel imagen reflejada por bárbaro espejo, sino del mismo original. No así las de tiempos anteriores. Sirva de muestra la siguiente oda de Horacio:

¡Más clara que cristal sagrada fuente
Digna de libaciones! Un cabrito
Á quien la tierna y ya enhastada frente
En vano á lides y al amor destina,
Cubierto en flores con festivo rito
A la luz matutina
Te inmolaré, y en su postrer congoja
Tus ondas teñirá su sangre roja. . . . . »

Esta es nada menos que la elegantísima *Fons Bandusiæ,* una de las producciones más delicadas del vate venusino. Cómo pudo llegar Roa, sin comprender á fondo el original, á la altura en que se colocó en su noble intento, es un verdadero misterio.

Sus traducciones en prosa fueron excelentes. Mucha parte del éxito que alcanzaron *La Cruz* y *La Sociedad,* se debe á la maestría de las versiones en que abundaron. *La Cruz y la Espada,* colección de episodios religiosos de la guerra de Crimea; *Maese Martín y sus obreros,* y aun la crónica extranjera más insignificante, revelaban á primera vista que no se habían confiado á esas plumas mercenarias *de á centavo por renglón,* sino á la elegante mano de Roa.

Voy á mencionar una versión de que se ha perdido la memoria; pero que forma para mí una grata reminiscencia. Recién establecida la comunicación rápida con los Estados Unidos, me tocó pronunciar en cierta Universidad de aquella República, un discurso que, por la novedad del asunto, tuvo cierta resonancia. Era ministro de España en Washington el insigne escritor D. Juan Valera; y me felicitó entusiasmado «*por verme descollar entre yankees y hablarles en su propio idioma de la civilización española en América.*» También Roa me envió afectuosos plácemes y solicitó mi permiso para traducirla al castellano. Lo hizo con su acostumbrada habilidad; y difícil me será explicar la impresión que recibí, al ver expresados en mi propio idioma, mis propios pensamientos, mis propias frases, mis propias locuciones; pero con palabras ajenas. El leer, vertida á extraño idioma, una lucubración escrita en el propio, no produce ni con mucho la misma sensación.

Permítaseme aquí disculparme por introducir tanto el *yo* en esta monografía. En las épocas en que nuestras vidas se deslizaron juntas por la senda de las letras, es imposible separar al uno del otro. Si á Roa le hubiera tocado sobrevivirme y escribir mis memorias, se habría visto obligado de igual suerte á mezclar con las mías sus propias reminiscencias.